

¿ES UNA MUJER Ó ES UN ANGEL?

El asalto empezó con un encarnizamiento que hizo conocer á los sitiados que la guerra era una venganza de exterminio, y que, en caso de derrota, no tenían que esperar gracia alguna : en vez de dejarse intimidar por aquella perspectiva, ellos se enardecieron de tal modo, que eran mas bien leones que hombres.

Sin embargo, á pesar de la lluvia de ballestas y dardos que caian sobre el conde de Hainaut, fué el primero que llegó á la estacada y se encontró cara á cara con el vidame de Chalons y sus tres hijos ; casi al mismo tiempo que, por el otro lado, sir Juan de Beaumont atacaba al señor de Vervins, su enemigo personal, pues, le habia quemado y saqueado su posesion de Chimay : por ambas partes el choque era terrible : los de las murallas acibillaban á los enemigos con sus piedras, que caian sobre ellos con la

misma fuerza que las balas rasas de cañon. De su parte, los sitiadores forzaban las barreras á golpes de sus mazas, y con sus largas y aceradas lanzas atravesaban á los que se aproximaban para defenderlas : por fin, lograron romper una barrera, y se hallaron mano á mano ambos ejércitos.

En aquel momento, los tres jóvenes á quienes su padre acababa de hacer caballeros, quisieron probarle que eran dignos del honor que se les acababa de dar, y mientras que su padre, el vidame de Chalons, hacia cara á sir de Fauquemont, se lanzaron ante el conde Guillermo ; mas este era un poderoso caballero y guererro experimentado ; del primer golpe de su temible espada atravesó el broquel de la coraza del mayor de los tres intrépidos jóvenes, y tan fuertemente, que hizo saltar el hierro ; los otros dos le vieron caer, aunque sin ocuparse de prestarle socorro, pues conocieron era inútil : el mundo habia concluido para él : ellos atacaron al conde con un valor sin igual, mas este parecia tener la fuerza de un gigante y la fiereza de un leon rabioso ; y les devolvía con una firmeza irresistible los golpes que recibía de ellos ; no obstante, como ellos, uno tenia una lanza y otro tenia una espada, ya el conde se iba cansando de combatir con los dos á la par, y se iba hallando en gran peligro, pero uno de los dos jóvenes apercibió entre la confusion del combate á su padre rudamente atacado por sir de Fauquemont ; pensando que su hermano se defenderia bien solo, y llevado por un sentimiento mas profundo, cual era el de ver morir á su padre sin prestarle su ayuda, se lanzó á sir de Fauquemont, al mismo tiempo que este, armado de su férrea maza, iba á descargar el terrible

golpe, pues la armadura del vidame de Chalons estaba tan bien templada, que no habia podido el sir con su espada hacerle saltar ni un solo corchete.

Atacado súbitamente por la espalda, sir de Fauquemont se vió obligado á abandonar al viejo para hacer cara al jóven caballero; durante esto, los de la ciudad recogieron al vidame de Chalons que habia perdido el sentido; mas le quitaron su casco, y al instante fué recobrando sus potencias, y volvió á su vez en ayuda de su hijo, como este habia ido á la suya.

Entretanto el conde de Hainaut combatia con el otro jóven; éste era el que le atacaba con la lanza; Guillermo conoció perfectamente que no concluirian de combatir mientras que no arrancase de manos de su adversario la lanza. Así fué, pues, de un revés con su espada, mandó la lanza á donde su adversario no pudiera cogerla; este arrojó al suelo el pedazo que le quedada, que ya no podia servirle para nada, y se agachó para coger una hacha que habia preparado tras sí, para el caso de que la lanza le faltara. En aquel momento Guillermo de Hainaut, reuniendo todas sus fuerzas, levantó su espada con las dos manos, y descargó un tan fuerte golpe en la cabeza del desgraciado jóven, por el sitio en que el casco era menos fuerte, que se lo abrió con lo misma prontitud que si este hubiera sido de cuero, y la hoja penetró en el cráneo, de modo que el jóven cayó muerto sin haber tenido lugar de decir mas que, *¡gracias, Dios mio!*

Cuando el padre vió caer así á sus dos hijos, agarró fuertemente al tercero por el brazo, y tirándole, queria volver á entrar en la ciudad; mas sus adver-

sarios los seguian desde tan cerca, que entraron en ella sitiados y sitiadores todos juntos.

Por su parte sir de Beaumont habia hecho maravillas de armas; el aspecto de su enemigo, sir de Vervins, habia doblado su valor, que era grande; de modo que, despues de una hora de combate, ya habia echado abajo la mayor parte de sus estacadas, es decir, todas las que le habian impedido el paso. Conoció sir de Vervins que la cólera de sir de Beaumont iba á descargar sobre él, y que la ciudad no podia tardar muchos minutos en ser de sus enemigos, y que no habia gracia que esperar; y así es que escogiendo uno de los mas corredores caballos de la ciudad, y antes que sus enemigos se dirigiesen por sus monturas, que estaban á diez minutos de camino, se dirigió á una puerta que tenia la ciudad por la espalda, que era propiamente llamada la de Vervins; mas se habian hecho tan grandes diligencias para que llegasen prontamente el caballo de sir Juan de Beaumont y los de sus gentes de armas, que en el momento en que el uno salia por una puerta, el otro entraba por la otra en su persecucion; y ondeando por los aires su bandera, atravesó la ciudad sin pararse, y pasando por medio de los fugitivos sin mirarlos siquiera, y buscando á uno solo, llegó á la puerta de Vervins, mientras que el perseguido desaparecia en un recodo que tenia el camino, acelerando cada vez mas su carrera. Entonces, persuadido de que su sobrino era bastante fuerte para pasarse sin su ayuda, M. Juan de Hainaut continuó persiguiendo á su adversario, llamándole por su nombre y diciéndole que se parara, mientras que de rabia echaba espumarajos por la boca lo mismo que su caballo

entretanto su enemigo apretó mas la carrera y llegó á su ciudad, cuyas puertas encontró abiertas milagrosamente, y fueron inmediatamente cerradas cuando hubo entrado.

M. Juan de Hainaut, viendo que seria ya en vano cuantas diligencias hiciese por dar caza á su enemigo, se volvió al paso á la plaza conquistada, y vengándose en cuantos soldados fugitivos encontraba, disipó en algun tanto la sed de sangre que le agitaba.

Durante estos acontecimientos, el conde Guillermo de Hainaut habia entrado en la ciudad persiguiendo á sus enemigos, que se habian refugiado en la plaza mayor, y los habia atacado y puesto en fuga por segunda vez, y como pocos fueran los que pudiesen escapar, todos quedaron allí muertos ó prisioneros: despues llegaron sus caballos y carretas, y cargándolos del botin, hizo lo mismo que con él habian hecho, poniendo fuego á la ciudad por sus cuatro ángulos; despues, cuando vió la plaza enteramente reducida á cenizas, volvió á cabalgar en su alazan y se retiró con su tío, lleno de gozo por haber consumado su venganza, y se dirigieron hácia el arrabal de Maubere-Fontaines.

Los narrados acontecimientos no tardaron nada en llegar á oídos del rey Felipe de Valois, el cual dió orden al duque de Normandia, su hijo, que reuniese lo mas pronto posible cuantos caballos pudiese, y se dirigiese, sin demora, al Hainaut y que pusiera fuego y degollara á todos sus habitantes: al mismo tiempo envió nuevas instrucciones á Hugo Quieret, á Beuchet y á Barbeveire, para que hicieran guardar, so pena de muerte, las costas de Flandes, á fin de que Eduardo no pudiera desembarcar en ellas.

Por otra parte, cuando los de Douai, Lille y Tournay vieron el peligro en que se hallaban, reunieron mil caballos y trescientos infantes para hacer una excursion por el país flamenco. Para realizar su intento, partieron una noche de Tournay, y, al rayar el alba, llegaron cerca de Courtray, cuya ciudad hallaron bastante fuerte y demasiado avisada para poderla sorprender: y se contentaron con saquear y quemar sus arrabales, retirándose prestamente tras Lys con el botin que habian podido aprovechar, el cual no era muy crecido.

Luego estos atacaron directamente á las buenas gentes de Flandes; de modo que Santiago de Arvelle recibió grandes y justas quejas en la ciudad de Gante, por lo que juró que vengaria los ultrajes que habian recibido en el país de Tournais: en consecuencia, él envió cartas por todas las ciudades de Flandes, y además á los condes de Salisbury y Suffolk, que tenian, como ya hemos dicho, un día señalado para reunirse con el rey Eduardo, entre la ciudad de Audenarde y Tournay, en un sitio llamado Puente-de-hierro. Los dos condes de Inglaterra respondieron que se reunirian con él, el día que señalaba la carta.

En consecuencia, se pusieron en camino para cumplir lo que habian prometido, guiados por un antiguo y experimentado guerrero, llamado M. Wafflard de la Croix, que conocia perfectamente las tierras del país; mas ellos no sabian lo que les esperaba, pues los de Lille se dirigieron con su cabalgata, que se componia de cincuenta caballos y cuarenta infantes, por todos los pueblos y ciudades, y lograron reunir mil quinientos hombres, los cuales se

dividieron en tres emboscadas, á fin de que aunque pasasen los condes por el lado que fuese, no se les escaparan.

No obstante, estas medidas hubieran sido inútiles ; porque M. Wafflart les habia hecho tomar un camino enteramente inverso, que los hubiera conducido por otro lugar, si el acaso no les hubiera presentado un foso recién abierto y que cortaba enteramente todo el camino. Al ver aquella fosa tan profunda, Wafflart reflexionó, y aconsejó á los caballeros que se volvieran y no concurrieran á la cita, porque todo otro camino que no fuera aquel era sumamente peligroso; mas los caballeros no quisieron escucharle, y riéndose de los temores, á su parecer infundados, de su guía, le mandaron cambiarse de camino y siguiese adelante, pues, ellos tenian empeñada su palabra á Santiago de Artevelle, y de ninguna manera faltarian á ella. Entonces M. Wafflart pareció convencerse, mas haciendo el último esfuerzo por disuadirlos, les dijo :

— Nobles señores, verdad es que vosotros me habeis tomado por guía, y tambien lo es de que yo os he prometido el guiaros. Os guiaré por el camino que mejor os convenga, pues, no debo desampararos ahora; pero os prevengo qui si acontece que los de Lille nos esperan en alguna emboscada, como toda resistencia seria inútil, haré cuanto posible sea por salvar mi persona, emprendiendo la fuga en el momento.

A estas palabras los dos caballeros se miraron mutuamente, y con una sonrisa sardónica le respondieron, que aunque perecieran en el camino, su deber era conducirlos hasta Puente-de-hierro, y que

de lo demás, que huyera ó no, en caso de sorpresa, no era cuenta de ellos. Continuaron, pues, su camino riendo y conversando, sin pensar que pronto debia cumplirse la prediccion de Wafflart; cuando, en el momento en que ellos acababan de entrar en un recodo, rodeado de chaparros y frondosos árboles, vieron de pronto levantarse y rodearlos una tropa de arqueros y alabarderos gritando :

— Mueran, mueran los Ingleses.

Y que reuniendo al momento la accion á las palabras, saludaron á los caballeros con una multitud de flechas y dardos. Al primer grito y al primer choque, volvió grupa mesir Wafflart y tomó el galope tan acelerado, que parecia volaba mas bien que corria. Andado un trecho, volvió la cara atrás y vió á los condes que bajaban de sus caballos para defenderse mejor, perdiéndolos, en un momento de vista á causa del galope tan acelerado que llevaba su corcel.

Esto era todo cuanto Wafflart sabia, y esto era todo cuanto habia participado á la condesa.

Eduardo y Juan de Neufville escucharon con gran interés aquellas interesantes noticias de Flandes; despues el rey recompensó dadivosamente al mensajero, y le envió al instante á Guillermo de Montaigne.

Entretanto iban cubriendo al castillo las tinieblas de la noche, y Guillermo no volvia : en fin, habian ya dado las doce, Juan de Neufville y Eduardo se retiraron á las cámaras que se les habian preparado; mas Eduardo, en lugar de desnudarse y meterse en su cama, se contentó con quitarse la cota de malla, y permaneció de pié y bastante agitado, y siguió paseándose de punta á punta de la cámara : un mal-

vado pensamiento combatia su imaginacion; este era que el conde, prisionero ó muerto, dejaba á su esposa sin otro amparo en la tierra que el suyo.

Se paseaba, pues, con los brazos cruzados, embobado en aquella idea, y en no pocos deseos adúlteros, y con el rostro muy alterado; despues, de cuando en cuando, se paraba delante de la ventana, y mirando á lo largo con atencion, se quedaba reflexivo, al ver el oratorio en que la bella Alicia estaba orando fervorosamente por la vida de su esposo.

Por esto Alicia de Grafton no habia querido recibir á los dos caballeros, pues, estaba pidiendo á Dios por su esposo, fuese muerto ó prisionero.

Entonces Eduardo, con la cabeza apoyada en la ventana y los ojos siempre fijos en aquella luz, veia con el pensamiento el bello rostro de la interesante Alicia, al que siempre habia contemplado risueño y encantador, y se le figuraba verlo ahora bañado de lágrimas y contraido por los sollozos, y así tal como se le presentara en su abrasada mente, redoblara sus voluptuosos deseos, porque los celos redoblan el amor, y él hubiera tenido un placer inexplicable y extraño en enjugar con sus labios aquellos lloros, aquellas lágrimas que por causa de otro corrian por sus lindas mejillas.

En el momento, Eduardo tomó la resolucion de ver á la condesa, aunque no fuera mas que por un instante, hablarla aunque fuese una palabra sola, despues de tantas fatigas y combates, oir siquiera el armonioso eco de su voz, de aquella voz mas grata á sus oidos que los cantos de las ninfas en los mitológicos verjeles... la luz brillaba aun en el oratorio, luciendo su flamígero disco, al través de los pintados

cristales, como el rubí y el zafir resplandece en la auréola de las vírgenes. Él pensó que allí, iluminada por aquel mágico resplandor, se hallaba aquella mujer, á la que amaba, hacia tres años, sin habérselo dicho nunca; y sin intencion, sin voluntad, impulsado por una fuerza irresistible, abrió la puerta, entró en el corredor oscuro, al fin del cual apercibió aquel célico destello que partia de la puerta entreabierta del oratorio, y aquella luz acabó de hacerle perder la poca razon que le quedaba.

Entonces siguió de puntillas y reteniendo el aliento hasta la puerta de la capilla.... y al llegar allí, vió, prolongando su mirada al interior, á la hermosa jóven arrodillada con los brazos cruzados y con la cabeza apoyada sobre el reclinatorio... al mismo tiempo vió tambien á un hombre respaldado contra una columna, de pié é inmóvil cual una estatua, el cual levantó el brazo en señal de silencio, y desviándose de la pared, vino hácia el rey, haciendo sus pasos el mismo ruido que los de una sombra, y le detuvo á la entrada del santuario.

El rey reconoció á Guillermo de Montaigu.

— Yo venia, dijo Eduardo, á saber alguna respuesta decisiva, ya que vos no nos la llevábais.

— Mirad, monseñor, mirad, contestó conmovido el jóven; llorando y suplicando... se ha dormido ese ángel.

— Sí, es cierto... ¿y vos esperábais á que despertase?

— Yo, monseñor, velaba su sueño... era mi deber, y así el conde me lo encargó antes de partir; y cuando quizá en estos momentos me vigile desde el Empíreo, ¿debía yo abandonar á ese querube?

— ¿Y vais aquí á pasar la noche?

— Permaneceré hasta que se despierte, y entonces... ¿qué quereis, monseñor, que le diga de vuestra parte?

— Decidla que las preces que ha dirigido al cielo han sido escuchadas en la tierra, y que el rey Eduardo le jura que si Salisbury existe, será rescatado, y que si es muerto, el rey le vengará.

Al concluir estas palabras, el soberano se volvió á pasos lentos, y se encerró en su estancia mas enamorado que nunca, y con el pecho palpitante por el voraz incendio que lo agitara.

Vestido como estaba, se echó sobre su lecho, y apenas la aurora, con sus rosados dedos entreabriera las puertas del horizonte, despertó á mosen Juan de Neufville, y partió del castillo de la condesa de Salisbury, dejando allí su vida, su amor y haciendo mil cálculos para el porvenir.

XXVI

CONDATE NAVAL

Luego que Eduardo volvió á Londres, encontró sus órdenes fielmente ejecutadas y sus flotas prontas á partir; desde luego tenia un doble motivo para volver á Flandes, porque deseoso de continuar su proyecto, debia socorrer á su cuñado, que por él se habia comprometido en aquella desigual lucha entre conde y rey; además tenia que llevar toda una corte de pajes y de damas á la reina, que aun permanecia en la buena ciudad de Gante, bajo la salvaguardia de Santiago de Artevelle, y otra corte mas idónea de certeros arqueros y valientes armados, á fin de continuar la guerra, en el caso de que los señores del imperio le abandonasen; cosa que era muy fácil aconteciese, en razon á los pliegos que habia recibido de Luis V de Baviera, el cual parecia muy inclinado á entablar una tregua con el de Francia.

Embarcóse, pues, el 22 de junio, conduciendo una

de las mejores flotas que se han visto, y entró en alta mar tan majestuosamente, que parecía iba á conquistar el universo. Navegó dos días así; despues, al final del segundo, apercibió á lo largo de las costas de Flandes, entre Blankemberg y la Ecluse, una tal cantidad de mástiles de navios, que parecían una floresta marítima.

Al momento llamó al almirante, que, como él, estaba admirado de aquel inesperado espectáculo, y le preguntó qué cosa podría ser aquella.

El almirante contestó, que le parecía fueran los bajeles de los Normandos y Franceses, que se hallarian allí con la sana intencion de impedirles el paso y de hacerles volver sus proas hácia otra parte.

— ¡Ah! ¿conque son esos perillanes los que me han cogido el *Eduardo* y el *Cristóbal* y me han saqueado y quemado mi buena ciudad de Southampton?

— Los mismos, monseñor.

— En ese caso no vayamos mas lejos, porque hacia tiempo que deseaba encontrarlos juntos y combatirlos: ahora que los hemos hallado, los combatiremos, y si es voluntad de Dios y del bienaventurado san Jorge, les haremos pagar, en un día, todas las pille-
rias que hace tres años, nos están haciendo. Echad, pues, el ancla y velad toda la noche á fin de que no se nos escapen.

Entretanto, antes que el almirante ejecutase las órdenes que habia recibido, el rey estableció sus disposiciones de batalla, á fin de que al día siguiente, al levar anclas, toda la flota se encontrase como debia estar, y no hubiera mas que avanzar y combatir.

Con ayuda de la noche que oscurecía con su tupido

velo estas operaciones á los adversarios, hizo poner los mas fuertes navios delante y entre cada bajel, cargado de caballeros y guerreros, una urca de ciertos arqueros; además en dos alas puso las naves pequeñas, provistas de los recursos mas indispensables para la cura de los heridos, y en una nave particular, acreditada por su rápida marcha, puso á los condes y barones que debian ir por la reina á Gante, escoltados por trescientas lanzas y quinientos arqueros.

Entonces, despues de haber pasado de uno á otro bajel, recomendando á cada cual velase por el honor de su rey en la jornada que se preparaba, y despues de haber hecho cada uno su promesa, se volvió al navio real á tomar algun descanso, á fin de estar fresco y vigoroso para combatir en persona, al día siguiente.

Al rayar la aurora, el rey se levantó y se puso sobre el puente; todo estaba en el mismo orden que la vispera; y no solamente los Franceses y Normandos no habian pensado en huir, sino que, por el contrario, habian preparado tambien su línea de batalla.

Eduardo conoció, desde el momento, que ellos estaban mal colocados y dispuestos; porque, á excepcion de algunos bajeles que parecían haberse separado de la flota, se hallaban los demás anclados en la playa, lo cual estorbaba todos sus movimientos, y, en el caso de derrota, debia impedirles maniobrar. Entonces contó los navios, y vió que habia ciento cuarenta, sin contar las barcas y otros bajeles menores. Estos ciento cuarenta navios y barcas llevaban á su bordo cuarenta mil hombres genoveses, picardos y normandos.

Luego que el rey y su almirante hicieron estas

observaciones, notaron que la línea que formaba su flota estaba de cara al sol, lo cual impediría á los arqueros y ballesteros guerrear con aquella destreza que era el preludio de todas las victorias inglesas: en consecuencia, el rey mandó virar de bordo y volver la espalda al sol, á fin de estar en mejor posición para combatir al enemigo.

Este movimiento fué ejecutado en el instante; la flota, que no podía servirse de sus velas, se avanzó batiendo la mar con sus remos; al ver esto los Normandos, los Genoveses y los Picardos, dieron gritos y prolongados aullidos, porque habían visto al rey sobre cubierta, y creyeron que huían cobardemente: mas pronto salieron de su engaño; los bajeles volvieron, y como el viento les era favorable, desplegaron sus velas, y la flota toda entera vino á cerrar la ensenada donde se hallaban anclados los Franceses, conservando el mismo orden de batalla que, la víspera, habían arreglado el rey y su almirante.

Entonces los almirantes de las naves francesas, viendo que se habían engañado, creyendo que huía el enemigo, hicieron á su vez los últimos preparativos de combate; ellos pusieron de frente y como un reducto avanzado, la gran nave que un año antes habían apresado á los Ingleses, y que se llamaba el *Cristóbal*; la llenaron de alabarderos y ballesteros genoveses para guardarla y pelear desde ella; después, en toda la línea mandaron tocar las trompetas y clarines, para demostrar que estaban prestos y aceptaban el combate con alegría y deseo.

La pelea empezó por un cambio de dardos y flechas entre los del navío *Cristóbal* y los arqueros ingleses; pero habiendo Eduardo notado al momento

que sus enemigos habían colocado allí á los mas valientes y arrojados de entre los suyos, decidió que aquella era la primera nave que se debía coger: en consecuencia, hizo armar su propio bajel de larges bicheros y gruesas cadenas, y se adelantó él mismo, mandando á todos que lo siguieran. Llevaba á su lado lo mejor de su nobleza, al conde de Derby, al de Hertfort, al de Huintington, al de Glocester, mesires Roberto de Artois, Regnauld de Cobban, Ricardo Stafford y Gualtero de Mauny, todos cubiertos de sus férreas armaduras, contra las cuales venían á despuntarse las flechas y dardos de los arqueros genoveses.

De este modo avanzaron majestuosamente sin disgregar ni una línea, sin recular ni un paso, con las banderas en una mano y la espada en la otra. En seguida los cloques¹ y crampones² fueron arrojados, y los dos navíos se unieron con un estremecimiento terrible. Al mismo tiempo, bajáronse los puentes de una y otra parte, y los caballeros se abalanzaron al bajel.

Allí comenzó una espantosa y terrible lucha; porque la fuga era imposible, y si los arqueros genoveses estaban peormente armados, también eran cuatro veces mas numerosos que los que les atacaban; por otra parte, cuando vieron que tenían que venir á las manos (á excepcion de aquellos que estaban subidos en la gavia del mastelero mayor y de proa, y que desde allí hacían llover una granizada de flechas

¹ Especie de anclotes con cuatro garfios.

² Piezas de hierro, claveteadas de garfios, que en aquellos tiempos se echaban sobre las embarcaciones y se aseguraban entre sí, á manera de corchetes. Aseguradas así las naves, empezaban el abordaje.

sobre los enemigos), se armaron de hachas, de mazas y de espiochas, y se defendieron como leones.

Génova desde el siglo XII era ya una poderosa ciudad y reina de los mares por su comercio; pero no obstante, por mas guerreros y marinos que fuesen sus hijos, no podian menos de ceder, porque los que les atacaban eran los primeros guerreros del mundo, y estaban tan bien asegurados los navios, que peleaban cual si estuviesen en tierra.

Arrojados poco á poco de la proa á la popa por aquella muralla de hierro que era imposible ni detener, ni desunir, los arqueros se encontraron amontonados sobre la popa del navio, y allí paralizados en sus movimientos, perdidos por su mismo número, expuestos, sin otra armadura que sus petos de cuero, á los tajos y mandobles que despedian aquellas cortantes espadas, no tenian mas remedio que rendirse, morir, ó arrojarse al mar.

Muchos de ellos tomaron este último partido, porque al fin podian nadar, lo que era imposible á los caballeros, los cuales, apenas caian en el agua, eran sepultados en los abismos por el peso de sus armaduras. Viéronse á los mas nadar y acogerse á las otras naves; pero fueron mas los que percieron en sus tentativas por los dardos certeros del Inglés, que llovian sobre los infelices nadadores y los pasaban de parte á parte.

Luego que la gran nave fué reconquistada, Eduardo la cargó de arqueros, y abandonando su navio por este, que era mas fuerte y de mejor defensa, hizo enarbolar en él su bandera, y marchó en seguida sobre los Genoveses.

El combate estaba ya empuñado en toda la linea,

y por una y otra parte defendíanse con valor: todos los buques franceses y normandos habian sido abordados: ligados á los bajeles ingleses por los crampones, combatíase de uno y otro lado con la mayor seguridad. Este modo de pelear era desfavorable para los Franceses, porque su flota toda entera se componia tan solo de arrojados marineros, acostumbrados á batirse solamente con sables cortos, puñales ó espiochas, mientras que la flota inglesa llevaba á su bordo un ejército entero, compuesto de arqueros que peleaban de lejos, y de valientes caballeros que, con cada golpe de sus mazas, destruian á los hombres como hormigas.

Barbevaire fué el solo que previno esta desventaja, y en vez de unirse á los otros, se habia mantenido á lo lejos, y luego que vió la batalla perdida por parte de los Picardos y Normandos, desplegó todas sus velas y se alejó en alta mar.

Al mismo tiempo las costas se llenaron de las buenas gentes de Flandes, que en barcas y canoas venian en ayuda de los Ingleses. De este modo los Normandos y Picardos atacados por mar, se vieron privados de la retirada por tierra, pues, se la impedian los Flamencos; mas como eran valientes y aguerridos, siguieron combatiendo desesperados y sin querer rendirse; de modo que la batalla que habia empezado á primas, duró hasta nonas; es decir, desde las seis de la mañana hasta las doce del dia.

En esta hora todo habia concluido para los enemigos, y los Ingleses empezaron con el combate de la Eclusa, esa serie de victorias navales, que no debia concluir sino en Trafalgar y en Abouquir.

De cuarenta mil hombres de que se componia la

armada, no quedaron mas que los Franceses, que fueron los solos que huyeron. Los demas, todos fueron prisioneros, muertos ó ahogados.

Hugo Quieret fué asesinado á sangre fria despues de la batalla y Behuchet, dicen los historiadores, fué juzgado como pirata, y ahorcado del palo mayor de su navío.

En cuanto al rey Eduardo, no le valió su rango, pues, salió herido, en un brazo, del puñal de un valiente normando, que no llevaba otra piadosa intencion mas que atravesarle el pecho. Mas el rey no se desanimó por esto; vendóse y siguió dando sus disposiciones, mandando que tocasen, en señal de triunfo, trompas, tímboles, pitos, cornetas, tambores y otra variedad de instrumentos, haciendo tal algarabia, que dice Froissart, que aunque hubiese tronado espantosamente, ni siquiera se hubiera oido.

A este infernal ruido, corrieron á la orilla todos los buenos vecinos de Flandes; y al dia siguiente, que era el 26, el rey y toda su armada saltaron en tierra, despues de haber destruido la flota francesa, no como si la mano del hombre la hubiese tocado, sino como si Dios la hubiera aniquilado por un naufragio. En seguida Eduardo III y sus grandes se dirigieron, con los piés descalzos y la cabeza descubierta, en peregrinacion al santuario de Nuestra Señora de Ardemburgo, donde asistieron á la misa y al *Te Deum*; concluido lo cual, se encaminaron el mismo dia á Gante, donde los esperaba la reina, que los recibió con la mayor alegría y alborozo.

XXVII

TRECUAL

Apenas llegaron, lo primero que Eduardo trató fué de cumplir su promesa y de informarse de lo que les habia sucedido á los condes de Suffolk y de Salisbury. Entonces supo que los habian conducido á Francia, y que el rey Felipe habia jurado no entregarlos ni por oro, ni por plata, sino en cambio de otros prisioneros tan valientes y tan nobles como ellos.

Eduardo conoció que era inútil, en aquel momento, hacer nada sobre el particular, máxime cuando no estaria Felipe muy contento con la derrota de la Eclusa.

Por lo tanto prescindió de su idea y reunió un parlamento en Willeworde, en el que se debia renovar la alianza entre Flandes, Brabante y el Hainaut, siendo prefijado el 10 de Julio para esta ceremonia.

El referido dia, el rey Eduardo de Inglaterra, el